

Cecilio Acosta

Cosas sabidas y cosas por saberse.

Caracas, 8 de Mayo de 1856.

Rure ego viventem, tu dicis in urbe beatum.
Horat.

Mi querido amigo...

Recibí tu carta, y me supiste dar un año de contento, porque estaba tan festiva y juguetona, que remedó al amo muy bien. Si es cierto lo de Bufón, o de quien lo dijo, que el estilo es el hombre, ahora lo veo comprobado; y sólo me falta por recomendarte, que mandes mensajeros así, con frecuencia, que encontrarán en mi casa, que es también la tuya y la de ellos, hospedaje con holgura.

Se conoce que la tienes en ese campo, de donde escribes, ancha, desembarazada, a pedir de boca; y seguro que te envidio. Mesa parca y libre de cuidados, a lo Fray de León; naturaleza liberal y hombres sin odios, como los pintan los poetas; diversiones tranquilas y serenas, como en otro tiempo las de Arcadia, salvo que no tienes, como allí, el son de la zampoña; el alma en paz y el corazón en goces, yo no sé que haya para el deseo: y el que no justifique, tendrá que disculpar, con un juicio que casi se acerque a la alabanza, el cuadro y las ideas de Rousseau en la Academia de Dijón.

Con tal fortuna, quieres, sin embargo, trocarla por otra, y no contento con la vida rústica, aspiras saber la vida ciudadana de nuestros días. No tengo dificultad en complacerte,

mucho más si logro el cambio, que te gusta. Dame tú las soledades de tu Tebaida, que yo te daré el tumulto de mi Alejandría; y poniendo ya por obra el trato, lee y aprende.

De Congreso no te diré nada; que así fuera, entonces, ¿para qué te habían de servir los diarios? Eso sí: no alzo la mano de este punto, sin celebrar contigo, aunque sea de paso, a *Colombia*. ¿No es verdad que este pensamiento es una necesidad de la época, un tributo hecho a la historia, una profecía de Bolívar? Después de muchos años de errores, volvemos al evangelio del Grande Hombre. Y no me arguyas con que él *centralizó*, y nosotros queremos *federar*, como para hacerme ver la diferencia. Acá para los dos, cada cosa es lo que debe, y tú vas a decirme que es muy cierto.

La Nación tenía, por el tiempo de la independencia (debido esto en mucha parte a las costumbres) los deseos, más bien que la unidad y la conciencia del poder para hacerla realizable: y sonada la hora del destino, el mismo debía proporcionar representante. No es la primera vez que los pueblos se mueven de esa manera: mayormente a los principios, en que van a ensayar la vida social, y en que no tienen órganos para sus necesidades, su caudillo será el que las interprete y satisfaga. En este sentido, la historia del heroísmo es de ordinario la historia primitiva de la Patria, que ve su suerte unida a varón que la enaltece; y haciendo aplicación al Libertador, si su vida había de ser lucha, y la República el ejército era preciso que estuviese donde estaba el adalid. Los que lo sospecharon de ambición a la perpetuidad del mando, ¿por qué no hicieron su obra?, ¿por qué no rescataron medio mundo?, ¿por qué no dieron materia inacabable a la trompeta de la fama?, ¿por qué no contrajeron con la gloria ese compromiso de honor que sólo se cumple en el martirio? Con menos ceguera, hubiera tenido más justicia. Cuando él murió, su espada estaba al lado, todavía con el olor de la pólvora quemada en el último combate: como un gigante bíblico, cuya sombra misma es pasada, que gasta sus fuerzas recorriendo el campamento para

libertarlo de enemigos, y después viene a expirar al pabellón. Pero recuerda conmigo, que él no cesó de recomendarnos las ventajas de la UNIÓN, que si para entonces era *personal*, porque debía estar consustanciada con su persona, para ahora ha de ser *real*, porque debe buscarse en la combinación y equilibrio de las instituciones. En suma, si en Colombia de Bolívar, el alma era *él*, en la Colombia nuestra, el alma debe ser la *federación*, la cual no es otra cosa (si el fin es conciliar la libertad y los gobiernos) *que la unidad en la pluralidad y la pluralidad en la unidad*.

La paz, la ves. Este es uno de aquellos beneficios que no forman algazara, que de ordinario no se aprecian, sino que más bien se malbaratan, y *la única condición y el único camino para el adelanto de los pueblos*. Ella es la que acerca y doctrina a los hombres, la que los atrae y liga por el comercio, la que los une y hace amigos en los mercados, la que uniforma los intereses por el espíritu de asociación, que nace luego del tráfico, la que hace florecer las artes e industrias, primera causa de apego al suelo y fundamento de amor patrio, la que preside a las deliberaciones comunes, la que hace conocer y satisface las necesidades colectivas. Después de la telegrafía, el vapor y el periodismo, es preciso aguardar a que vengan las ideas, que vendrán de un modo cierto. Si tardaren algo, es porque el tiempo entra en la resolución de todos los problemas; pero más tardarían con la guerra. Si se busca promoverlas o generalizarlas, si hay abusos, ahí está la imprenta, que forma cruzadas sin fanatismo, combate sin armas, hiere y no mata, y crea instituciones en vez de prestigios personales. ¿No hay valor para la discusión?... pues no lo habrán para el campo de batalla; y en esto tengo a la experiencia por testigo. Las masas tienen hasta en su silencio majestad, y es oprimido por ellas quien lo turba con el rumor de la pelea. Se triunfa con la opinión, no contra la opinión; y la opinión es *lo que existe*. Más que los pueblos no puede saberlo sino Dios; y si el gobierno que ellos tienen no es el mejor, es *el que quieren*, y eso basta. Basta,

no por humillación, sino por filosofía; no porque es lo deseable, sino porque es lo posible. Quien aspire a otra cosa, enseñe y persuada; que la luz es la única arma que penetra y no lastima, que conmueve y no trastorna. Para la colección no hay más que ideas; y quien no tenga prestigio para infundirlas, debe tener patriotismo para esperar. Peor es alzar estériles altares, donde expiran las víctimas sin Dios, y crear para las familias un duelo que no les abona en cuenta la posteridad, porque la posteridad jamás condena en cuerpo a las naciones. Tengo la confianza de que la historia de todos los tiempos no me dejará mentir: el martirio entre hermanos no ha tenido altares nunca; y es porque la sangre de lucha fratricida no se seca, y solo da gloria la que se derrama en la lucha nacional. No se olvide jamás que *el progreso* (si es lo que se busca) *es más ley individual, que ley de los gobiernos*. Si no se logra otra cosa, con la intervención de ellos, que el sosiego público, el adelanto vendrá por un desarrollo natural. Las convulsiones intestinas han dado sacrificios, pero no mejoras; lágrimas, pero no cosechas. Han sido siempre un extravío para volver al mismo punto, como un desengaño de más, con un tesoro de menos.

A lo que me preguntas de Universidad de Caracas, aunque sólo soy lego de ese convento, y voy poco a él, te responderé, que se le asiste con bastante celo por sus altos funcionarios, y que cuidan y promueven los estudios por el método que hay. Solicitas, además sobre esto, mis ideas... para seguirlas (aseguras). Y por último ¿para qué? *In hoc non laudo*. En los países donde no hay diario muchísimos y locomotivas a centenares, tengo para mí (como hombre honrado) que *debe decirse siempre verdad pero no siempre la verdad*. Sin embargo como yo la amo tanto, la echaré fuera completa, aunque me perjudique. La carta ya es una reserva, tú eres otra... y bien, si hubiere de saber, aunque se sepa. Al fin vale más ser mal mirado por ingenuo, que aplaudido por tonto; y si han de sobrevivir decires, hablillas y

calificaciones, más consolador es que le pongan a uno del lado de la electricidad y del fósforo, que del lado del jumento, aunque tenga buen alabarda, el pedernal y el morrón.

La enseñanza debe ir de abajo para arriba, y no al revés, como se usa entre nosotros, porque no llega a su fin, que es la difusión de las luces. La naturaleza, *que sabe más que la sociedad*, y que debe ser guía, da a cada nombre, en general, las dotes que le habitan para los menesteres sociales relacionados con su existencia: para ser padre de familia, ciudadano o industrial; y de aquí la necesidad de la instrucción elemental, que fecunda esas dotes, y la especie de milagro que se nota en su fomento. Es una deuda que es preciso satisfacer, y que además, cuesta muy poco. ¿Quién no ve que la capacidad colectiva nace de la individual, y que no hay bien público, si no hay privado antes? ¿Quién dirá que ese bien pueda hacerse sin ser bien conocido, ser conocido sin ser buscado, ni buscarse en otra cosa que en los inmensos trabajos que la humanidad ejecuta día por día? ¿Y quien negará que las primeras letras abren para ellos un órgano inmenso, por donde se da y se recibe, por donde se enseña y se aprende, por donde va y viene el caudal perenne de las necesidades y los recursos, de los hechos y las ideas, de las comodidades y los goces? No hay duda: quien anhele alcanzar felicidad, ha de vivir con el género humano; y para no ser, aún en medio de él, un desterrado, poseer su pensamiento, es decir poderlo *leer y escribir*. De esta manera, todos inventan para todos, y se puede comer al precio de corta moneda, en banquete aderezado por muchas manos, y costado con el tesoro de muchos. El prodigio es ése; y los Estados Unidos no tienen otra explicación para sus precoces maravillas.

Pero el talento especulativo, las facultades sintéticas, el genio es de muy pocos: el estadista, el mecánico trascendental, el poeta, el orador, el médico de combinaciones, el calculador que ve en los números las relaciones, el naturalista que sorprende en los hechos las leyes, se cuentan con los dedos, y puede decirse en cierto modo (por lo que hace a la inspiración e

intuición) que *nacen ya sabidos*. La enseñanza secundaria nada da cuando no hay germen, parezca esto paradoja: cuando lo hay hace sobre él el efecto de la lluvia, que *coopera sin crear*. Y una de dos, como consecuencia de lo dicho: o las Universidades, que son los cuerpos para los estudios de la última especie, deben quedar como museos, para que el que se sienta llamado, pueda ir a decir a ellos como el Correggio en su caso, al ver un cuadro de Rafael: *Anch'io son pittore*; o mientras no llega esa suspirada ocasión, tener como juez la sanción pública, como método la disertación, como monumentos las memorias, como gala los actos literarios, como prueba las obras de erudición o inventiva, y como días grandes los días de concurso. De esta manera, se experimentan en la lucha los que han de quedar como adalides, y hecha la cernidura en el cedazo, queda separada la harina del salvado.

Figúrate ahora, por contraposición, un Cuerpo científico como el nuestro, puramente reglamentario, con más formalidades que sustancia, con preguntas por único sistema, con respuestas como único ejercicio; un Cuerpo en que las cátedras se proveen solo por votos, sin conceder al público una partecita de criterio; en que se recibe el título, y no se deja en cambio nada; en que no quedan, como pocas y honrosas excepciones, trabajos científicos, como cosecha de lucubraciones, y en que le tiempo *mide*, y el diploma *caracteriza*, ¿no te parece una *fábrica*, más bien que un gimnasio de académicos? Agrega ahora, que de ordinario se aprende *lo que fue* en lugar de *lo que es*; que el Cuerpo va por un lado, y el mundo va por otro; que una Universidad que no es el reflejo del progreso, es un cadáver que sólo se mueve por las andas; agrega, en fin, que las profesiones son sedentarias e improductivas, y tendrás el completo cuadro. El título no da clientela, la clientela misma, si la hay, es la lámpara del pobre, que sólo sirve para alumbrar la miseria de su cuarto; y de resultas, vienen a salir hombres inútiles para sí, inútiles para la sociedad, y que tal vez la trastornan por despecho o por hambre, o la arruinan, llevados de que les da necesidades y

no recursos... ¡Qué de males! ¿Yo dije que se fabricaban académicos? Pues ahora sostengo que se fabrican desgraciados, y apelo a los mismos que son.

Lo mejor en esto es, que mi testimonio es imparcial: *Et non ignarus mali, etc.*, y así no se podrá decir, que me meto a catedrático sin cátedra, o a evangelista in misión. Si yo dogmatizo (contestaría); si yo no predico; si yo no hago otra cosa, respecto a mí, que quejarme, respecto a los demás, que señalar. Ahí está: véase el doctorado, ¿qué es? Véanse los doctores, ¿qué comen? Los que se atienen a su profesión, alcanzan, cuando alcanzan, escasa subsistencia; los que aspiran a mejor, recurren a otras artes o ejercicio: y nunca es el granero universitario el que les da pan de año y hartura de abundancia. En cuanto a mi personita, para liberarla de censura, si tal fuera preciso, harto sabes que yo cambiaría la pluma del jurisconsulto por el delantal del artesano, y que suspiro por el momento en que, dado a otro trabajo análogo a mi gusto, pueda reírme a carcajadas del buen Gregorio López, por bueno que sea, y de otros tan buenos como él, que han pretendido sustituir las citas a la lógica, el comentario a la ley, y la autoridad a la razón.

Las creencias que he manifestado, las tengo hace algún tiempo. Tú que has leído mis cosas, sabes haber dicho yo alguna vez, que *la luz que aprovecha más a una nación, no es la que se concentra, sino la que se difunde*: y ya, ya vendrá la experiencia a comprobarlo más y más. La mejor lección es la que se ve, y por ella se puede sacar lo que será. Los sistemas duran pero no siempre: al fin viene la sociedad con sus leyes, el progreso con su lógica, las ideas con su esplendor, y lo sepultan. La antigüedad es un monumento, pero no una regla; y estudia mal quien no estudia el porvenir. ¿Qué vale detenerse a echar de menos otros tiempos, si la humanidad marcha, si el vapor empuja, si el torbellino de agitación universal, nadie escucha al rezagado? ¿Quién puede declamar con fruto contra el destino, si es inexorable, si es providencial, si no mira nunca para atrás? ¿Qué son los métodos, las

instituciones, las costumbres, sino hilos delgadísimos de agua que son arrastrados en la gran corriente de los siglos? Después de transcurridos algunos de ellos, el que descoja los anales de los pueblos y los hechos, hallará que unos y otros no son más que términos y guarismo de una fórmula, la cual a su vez es componente de otra fórmula más general para siglos posteriores. En este afán sin tregua, en esa lucha del linaje humano, en esa tela de idénticos lizos que él urde con varia labor, se nota una demanda única, un plan seguido, un mismo blanco. Algún día, le día que esté completa, la historia se hallara no ser menos que el desarrollo de los deseos, de las necesidades y el pensamiento; y el libro que la contenga, el ser interior representado. Las usurpaciones de mando, los desafueros en el derecho, el *Yo* por el *Nosotros*, son dramas pasajeros, aunque sangrientos, vicisitudes que prueban la existencia de un combate, cuya victoria a de declararse al fin por al fuente del poder, por la igualdad de la justicia, por la totalidad de la colección. De los tronos, unos han caído y otros ya caen, la guerra feroz huye, la esclavitud es mancha, la conquista no se conoce, casi desaparecen las fronteras, las naciones se abrazan en el gabinete, los intereses se ajustan en los mercados, la autoridad va a menos, la razón a más; y multiplicados los recursos, y expedidos los órganos, se acerca el momento de paz y dicha para la gran familia de los hombres. El pueblo triunfa, el pueblo debe triunfar: pongo para ello de testigo, a la civilización, que le ha refrendado sus títulos, y a Dios que se lo dio. Él respira, él siente, él quiere, y debe tener goces: él ha sufrido mucho, y debe alguna vez sentarse a la mesa. No tarde, (me parece que asisto al espectáculo) se le verá en le mundo batiendo palmas, libre y señor, y conversando de silla a silla, de igual a igual, como en un mismo salón inundado de luz por el telégrafo y la imprenta.

En efecto, la imprenta no podía estar satisfecha, mientras no tuviese a la electricidad como correo y al diario como órgano; porque, representante como es del pensamiento, debería

sacudir, como estorbos, las distancias y el tiempo, poner a hablar al oído a los antípodas, y hacer omnívaga a la idea. Fatigábanla esas largas iniciaciones de los cursos, esos estudios artísticos de las lenguas hipérbaton, esas lides sin provecho en que no había más armadura que palabras, ese afán con que era menester sacar el tesoro de las ciencias de cajas durísimas donde se le había amartillado, y desenvolver la verdad de las amarras a la que había reducido al sistema tradicional de la enseñanza. Después de hechos los descubrimientos, después de verificada la teoría en el resultado de la práctica, no era mucho lo que se alcanzaba de esos frutos, o no era todo lo que podía alcanzarse de ellos; porque era preciso, para recoger luz, que el astro, que es el doctor, recorriese toda su órbita, y para recorrer conocimientos, puesto que tal era el órgano autorizado en ese tiempo, que saliese la *obra*, tardía para escribirse, tardía para leerse, y mucho más tardía para hacerse popular.

Otras eran, muy distintas, las esperanzas de la civilización, que quiere todo para todos, y para cada cual lo que le toca. Esas esperanzas consistían en ver sustituidos los *conocimientos prácticos* a la erudición del pergamino, *el discurso libre* a las trabas peripato, la *generalización* al casuismo, *el tema* a la pregunta, *la libertad* al reglamento; preferido el *sistema elemental* al sistema secundario, *la razón pública* a la razón académica, *la necesidad flamante de hoy* a la necesidad histórica de ayer; *economizadas en lo posible las Universidades*, o *reducidas a sus límites*; con puesto sobre las calificaciones convencionales, a *las dotes naturales*, sobre el título al *talento*; y con la excelencia sobre el libro, por lo que le aventaja en oportunidad y ligereza, a *la hoja suelta*.

Sin duda ninguna, tal es el espíritu general de la época, y tal el rumbo que llevan las cosas. Entre nosotros, no obstante lo rustico de muchas poblaciones, que están aún en estado primitivo, se nos ha metido de rondón el telégrafo, como por desbordamiento, de los lugares donde sobra, como un heraldito de nuevos destinos, como una trompeta que viene a

dar el alarma de la civilización, como un ángel de luz, ávido a devorar espacios en todas partes. Esas mismas escaramuzas universitarias, que se repiten con frecuencia, explican la lucha entre *el presente* y el pasado, entre las *ideas* y el sistema, entre la *fuerza* y el obstáculo, entre la *razón* y la rutina. *Si la juventud quiere algo es menester atenderla. Hay equivocación en creer que va errada la generación que tiene el cargo de continuar la cadena tradicional del pensamiento.* Al fin vence, porque la bandera es suya, el ejército suyo, y el porvenir su campamento bien guarnido. El engaño es vuestro: con vosotros hablo, apóstoles de una religión que ya no existe, hombres que pretendéis detener a gritos el torrente que salva la montaña. Todos los diccionarios no son el Calepino, el latín no es idioma de las artes e industrias, ni los aforismos empolvados y la ciencia de alambique lo que sirve a dar la subsistencia; y tal es la causa del combate.

Hágase lo contrario, y se hará con eso el bien. Enséñese lo que se entienda, enséñese lo que sea útil, enséñese a todos; y eso es todo. ¿No es un extranjero en su patria quien, después de que las profesiones académicas han dejado de ser categorías oficiales, para ser industrias en concurrencia, se encuentra de repente al lado de una máquina, de que come y viste un muchacho, obrerito de ayer, y que de él no puede comer ni vestir con todos los veles de Olarte que tenga en la cabeza? ¿Qué tiene que ver el ferrocarril con Antonio Gómez, las necesidades públicas con el *magistraliter dico*, ni el *quid panis* con el *quid juris*? ¿Qué gana el que pasa años y años estudiando lo que después ha de olvidar, porque si es en el comercio no lo admiten, si es en las fábricas tampoco, sino quedarse como viejo rabino entre cristianos? ¿Es posible que ni el martillo del tiempo haya podido hacer polvo ese sistema, y que a le se hayan sacrificado tantos talentos? Si el mundo truena, muge como una tormenta con el torbellino del trabajo, si los canales de la riqueza rebosan en artefactos, si todos los hombres tienen derechos, ¿por qué no *desaristoteliza* (cuesta trabajo hasta

decirlo) la enseñanza? ¿Hasta cuándo se guarda? ¿Hasta cuándo se ha de negar entrada a la dicha, que toca importuna a nuestra puerta? ¿Hasta cuándo se va a preferir el Nebrija, que da hambre, a la cartilla de las artes, que da pan, y las abstracciones del colegio a las realidades del *taller*?

Ya está escrita la palabra mágica, la palabra del siglo, que explica al mismo tiempo sus glorias y su estrella. Las casa del monopolio, las fortalezas guarnecidas de altas atalayas, los castillos de espesísimos muros, las trabas opresoras del tráfico, la infamia anexa a los menesteres más honrosos, las ordenanzas gremiales, todas las demás instituciones que desigualan, han dado lugar, o lo van dando, a la libertad como medio, al desarrollo del *individualismo* como fin; y el taller es hoy el palacio del ciudadano. Allí impera el menestral como señor, porque él provee, porque él impone leyes al mercado, porque todos lo necesitan, y porque sus escarpías, sus armarios y sus bancos son el museo diario del trabajo humano. El no lee en in-folios, porque no va a disertar, sino en papeles sin coser, porque busca precios o instrumentos; y a la hora del descanso, es más feliz él con pan, vino y avisos, que el doctor ayuno, hastiado y con textos. La agricultura que da granos y materias primas, el comercio que las trasporta, la mano de obra y las fábricas, que les labran y les hacen formas y tamaño, son ramos todos tributarios del taller, adonde llevan sus aguas como al mar. Allí están las creaciones de la inventiva, y los frutos del sudor; el perno de la máquina de gas que va a atravesar el golfo, y las labores de la mesa para le festín del hombre acaudalado: allí hay luciente seda y paño pardo para todos; preparaciones que alimentan, y afeites que acicalan; allí está, en conclusión, el orgullo de la sociedad en lo material, porque está la historia de sus progresos.

Pues bien: si tal es la perfección, pónganse los fundamentos para alcanzarla: si no come quien argumenta, sino quien obra, prefíérase el escoplo al silogismo: si no hay propiedad

pública ni particular sin el trabajo, hónresele para que aliente, edúquesele para que rinda, alárguesele mano amiga para que florezca. Vamos, vamos por fin a ver si tenemos hombres baldíos. ¿Qué falta? Querer, nada más. Descentralicemos la enseñanza, para que sea para todos; démosle otro rumbo, para que no conduzca a la miseria; quitémosle el orín y el formulario, para convertirla en flamante y popular; procuremos que sea racional, para que se entienda, y que sea útil para que se solicite. Los medios de ilustración no deben amontonarse como las nubes, para que estén en altas esferas, sino que deben bajar como la lluvia a humedecer todos los campos. No disputemos al sabio el privilegio de ahondar en las ocultas relaciones; pero después que éstas son principios, pongámoslo cuanto antes en contacto con las inteligencias, que son el campo que fecundan, y habremos logrado quitar a las ciencias el misterio que las hace inaccesibles. La verdad es colectiva, está hasta el mozo de cordel; y se acortará el camino para hallarla, multiplicando *sus elementos* y *sus órganos*. Cuanto más ojos vean, más se ve, cuantas más cabezas piensen, más se piensa; y si del bien público nace también el privado, cuanta más familia coopere, será más abundante la labor. Nada vale seguir lo que fue, sino ejecutar lo que conviene. Si es menester penas a los padres para que obliguen a los hijos a aprender, que haya penas: si el inglés y el francés son los idiomas de las artes e industrias, hagámoslos, en lo posible generales: si hubiere gastos, ningún gasto más santo que el que se reembolsa con usura. Los conocimientos, como la luz, esclarecen lo que abrazan: como ella, cuando no iluminan a distancia, es porque tienen estorbos por delante.

Ya no puede haber tales estorbos o es mengua que los haya. En otros tiempos, a pesar de la imprenta, a pesar de lo que se había atesorado y se sabía, no obstante, había lentitud en la propagación de las ideas. Decíase, con este motivo, hablando del progreso de las naciones, que para ellas los siglos eran días. Pero hoy especialmente después del telégrafo, que tan

pronto como se tiene el pensamiento, lo lleva como de la mano a fecundar la materia, es al revés: *un día que corre es un siglo que pasa*.

Tal sentencia no debe nunca olvidarse. La vida es obra, y los pueblos que más obren, serán los más civilizados. La acción debe ser varia para que sea abundante, cooperativa para que sea eficaz, ilustrada para que sea provechosa. Si el hombre no está en contacto con el hombre, y la humanidad con la naturaleza, su patrimonio y su regalo, la felicidad pública es una esperanza que se sueña, pero no una realidad que se posee. En la sociedad no importa tanto el número que se cuenta, cuanto el número que se tiene *la capacidad y los medios* para el trabajo. Quien sabe, *puede*, quien puede, *produce*; y si la cosecha es más rica conforme el saber más se difunda, es fuerza ocurrir a la instrucción elemental. Con ella nacen hábitos honestos, se despierta el interés, se abren los ojos de la especulación, se habilitan las manos, como los grandes obreros de la industria, se suscita un espíritu práctico que cunde, como el mejor síntoma del progreso, y se ve un linaje de igualdad social que satisface. La luz va y viene, la vida es derecho, la palabra vínculo de unión, todas las almas se hacen una sola, todos los pensamientos un solo pensamiento; y con la facilidad e las comunicaciones, que luego e crean o mejoran, y con la rapidez de los elementos para la difusión de las ideas, que se atropellan porque hierven, los recursos corren a donde los llaman las necesidades. Así es como únicamente se forma la opinión, que viene a ser la conciencia de los intereses generales. Así conforme se vea más franca y libre al acción individual, se irá haciendo más remisa y economizando la acción gubernativa. Así el país prospera, la riqueza abunda, la enseñanza se hace práctica, las calles escuelas; y *ahorrándose* cada vez más el libro por grande, y las Universidades por tardáis, casi todo se busca, halla y aprende en la hoja suelta.

No es otro el resultado a que se debe conducir el sistema racional de los estudios. En efecto, en las naciones donde tal se ha procurado, todavía está sin secarse la tinta con que se escribe la utilidad de un invento, todavía el artefacto tiene el calor de la mano que lo labra, y ya sale en le periódico, *el libro del pueblo*, que él compra por nada, y puede leer a escape en le vapor. Los periódicos no dispensan, sino derraman los conocimientos; los periódicos del umbral para afuera, no dejan nada oculto; los periódicos hacen la vida social verdaderamente independiente y de familia; los periódicos dan valor para decir la verdad; los periódicos proporcionan al público criterio; los periódicos enseñan artes, ciencias, estadística, antigüedades, letras. En suma: los periódicos son todo: y es una cosa que asombra, ver, que al abrir el carretero o el cerrajero la puerta de su casa por la mañana, vengan a dar a sus pies al favor de esos heraldos de la imprenta, las oleadas del movimiento político, industrial y moral del mundo, después de pasados cortos días, y del movimiento idéntico de su país tras pocos minutos de intermedio. Estos prodigios se deben a la instrucción primaria, no a las Universidades, que Dios mantenga en paz, pero en su puesto.

Y con esto, bajo de la cátedra de política y de legislación, adonde me habías tú hecho subir sin quererlo yo, y donde dije cosas que me mordían por salir fuera, y por las que tal vez me morderán. Pero, ¿y no es mejor estar en lo cierto, y cantarlo, si aprovecha? Yo a eso me atengo, y rabie quien rabiare.

Hoc opus, hoc studium parvi properemus et ampli,
si patriae volumus, si nobis vivere chari.

Fuera de lo dicho, no queda, por informarte, sino lo que hay de más notable en el estado actual de nuestras relaciones exteriores: asunto llano, de pocas abstracciones, porque es de

hechos; y para afrancesarlo, de *fauteuil*, porque debe tratarse mano a mano, con la clama que es suya, y un tabaco de lo bueno para cada uno. Pongo punto, me limpio el pecho, y aparte.

Por diciembre de 1854, la Legación holandesa, llamando de su Gobierno las *Islas de Aves*, en el mar de las Antillas, protestó, en nota al nuestro, contra toda toma de posesión o auto de autoridad sobre ellas, alegando citas de la obra de Balbi, del Diccionario del Coronel D. Antonio de Alcedo y otras, por lo que toca a la propiedad; y por lo que mira a la causa del reclamo, con el fin de justificar la ocasión, y hasta los términos en que se hacía, el haber sabido que la República se preparaba a despachar buques de guerra para impedir allí la extracción que hacían de huano comerciante de Norte América.

Contestóse, entre otras cosas: que el que aspira al goce de un derecho, tiene que fundarlo de un modo claro: que las autoridades, en materia tan ardua, nada valen sin la prueba *a priori*: que tal prueba, en la propiedad territorial que no trae su origen de un contrato traslativo, está en el hecho de la ocupación primitiva, formalmente consumada: que el Gobierno de la Península era el que había ocupado esos lugares cuando estaban desiertos y sin huella ni obra humana: que Venezuela, su heredera, cuando pertenecían en el mismo estado, había mantenido gente de custodia en ellos, y ejercido actos de dominio; y que estaba tan de su parte la justicia, que hasta la misma genealogía de la cosa le era favorable, pues el nombre de bautismo de la adquisición era español.

Se cruzó más de una comunicación por uno y otro lado; y como no hubiese del opuesto nuevas razones aducidas, del de acá no se hizo otra cosa que persistir.

La referencia de este asunto es menester unirla con la de otro casi coetáneo, en atención a que me ocupa. A principios de 1855, en la capital de Coro, corrieron y se fijaron, de mano aún desconocida, unos impresos y pasquines alarmantes contra negociantes hebreos

establecidos allí; y muy poco, y como consecuencias tal vez de esa mala disposición, cuya causa no es fácil averiguar, un grupo de hombres discurrió por la ciudad el 2 de febrero, amenazando de muerte a aquellos industriales, de los cuales algunos se fueron a Curazao, y el 4 llegaron los excesos hasta el punto de haberse derribado puertas de algunas casas, y robado efectos de valor.

El consulado general de Holanda hizo esto desde luego solicitud formal de Gabinete, con cuyo fin se dirigió al nuestro; y creyendo ver en él conveniencia por parte de las autoridades locales, exigió el reemplazo del Comandante de Armas, del Gobernador y del Juez de Provincia, como óbices, mientras existiesen en puesto, para *la averiguación judicial*.

El Gobierno desconoció la legitimidad del carácter que se había dado al negocio: sostuvo que era de la competencia de los tribunales; pero al mismo tiempo, y considerando la queja como una excitación, resolvió suspender y someter a juicio al Gobernador, como el único funcionario sospechado vehementemente, estimuló a la Corte respectiva a la pronta y recta administración de justicia, y nombró nuevo Jefe de Provincia, a quien se encargó vigilar sobre el Juzgado del Crimen, hacer inquisición de lo acaecido, y tomar todas las medidas conducentes a inspirar confianza, a fin de que volviesen los extranjeros que se habían ausentado.

Insistió, no obstante, el señor Cónsul en la separación del Comandante de Armas de su destino, y el Gobierno en la negativa; con la añadidura, por parte de éste, como razones nuevas, de que si, por un lado, aún en la discusión de la vía ordinaria, el Jefe de las Armas no es responsable por omisión, en lo tocante a la tranquilidad y seguridad de la Provincia, porque le encargado de ellas es el Gobernador; por otro, el General Falcón había prestado servicios personales a favor del orden.

Después de la llegada aquí del nuevo Gobernador, señor Mateo Plaza, que obró con verdadero celo del magistrado, informó él: que había llevado la causa a su despacho para inquirirla con el carácter de asonada y escándalo público: que nada había resultado contra el Comandante de Armas: que en lo demás, se había valido de todos los medios para averiguar la verdad; y que si, a pesar de todo, las cosas no habían llegado a término de verla clara; debía atribuirse, por una parte, a la falta de cooperación de los mismos agraviados en las medidas del Gobernador y el Fiscal, y por otra, a la contemplación del Juez de Provincia con los culpables, y al descuido del Procurador Municipal. También respecto de estos empleados se tomó la providencia de hacerlos procesar, para cuyo fin se pasaron los antecedentes a la Corte del 6º Distrito, y se le encareció eficacia en el asunto.

No por esto se logró llegar a buena inteligencia, y lo peor es, que no se vislumbra camino de lograrla, porque ninguno de los pasos había satisfecho. Al fin se hicieron, esta materia y la de Islas de Aves, objeto de un mismo reclamo, cuya sustancia ya conoces, y que yo he contado fielmente para sólo discurrir sobre la forma.

Así estaban las cosas, la Holanda pidiendo, y al República negando, cuando se presentaron en la Guaira, como apoyo de la solicitud, que, por lo visto, empezaba ya a tomar un carácter desabrido, unos buques de guerra bien provistos y equipados, y con fecha 5 de mayo de este año, una continuación del Cónsul neerlandés en aquél puerto, encargado verbalmente de continuar las negociaciones, reducida a forma de *ultimátum*, porque daba de plazo tres días para la resolución de ambos puntos a vista de la fuerza, y dejaba entrever el ocurso a ella en caso negativo.

Mucho debió alarmar al Gobierno una actitud tan poco mediada; y haciendo apelación a aquellos sentimientos elevados que son la norma de los tratos diplomáticos, y siempre han distinguido al Gabinete holandés, rechazó con mano cortesana, si bien firme, la pretensión

de su Representante, y convocó al Cuerpo de Ministros y Agentes extranjeros, porque la forma que había tomado la cuestión, empeñaba los intereses más caros, y se rozaba con los dogmas más santos del Derecho Internacional.

Este paso del Despacho de Relaciones Exteriores, en especial después de tanta insistencia no vencida, venía reclamando por las circunstancias, y ponía a la vista la medida y discernimiento con que se quiso proceder desde el principio. El honorable Sr. Ricardo Bingham, Encargado de Negocios y Cónsul General de S.M.B., respetabilísimo sujeto, que se había excusado muy a luego de asistir a la conferencia de invitación, pero que llegó a tener una privada con el Señor Gutiérrez, en medio de los deseos que manifestó tener por el arreglo amistoso del asunto, dejó entrever en algunas frases de franqueza que su propia caballerosidad le hizo atenuar en lo posible, que el consejo prudente era acceder a lo pedido: y ya se ve, con tales respetables antecedentes, con tales opiniones atravesadas en el camino, que el más seguro para conseguir pacífico éxito era el que se había escogido, no ciertamente por falta de luz y de justicia, sino por sobra de consideración en la materia.

Este mismo impulso fue el que movió al Gobierno a nombrar a un Encargado con poderes bastantes para abrir tratos y resolver inmediatamente con el Gabinete de La Haya, y quitar así las sombras que sabe imponer la distancia en las pretensiones recíprocas.

El 12 del propio marzo se reunió por fin el Cuerpo de Diplomáticos y Agentes, al cual componían: el de los Estados Unidos, nación hermana, que parte con nosotros, en rumbo del destino, un mismo mar, un mismo cielo, unas mismas estrellas en el horizonte, y que niña como es, casi de pechos, se sienta en el banquete de la civilización, donde se sientan reyes también; el de la España, nuestra madre por la sangre, nación de historia épica, de dominación universal, un tiempo, de grandes hombres en las letras y en las armas, de caballerosidad y galantería siempre; el de la Francia, nación para la cual las grandes ideas

son cosas vulgares, el valor instinto y ley, y hechos que ilustran sus anales, el haber llevado muchas veces su prestigio, como la espada de Breno, a la balanza donde se pesa el destino de los pueblos; el de la Dinamarca, nación de triunfos pacíficos en el comercio; de cuerdos consejos en el Gabinete, y considera en el mundo, en cuyos debates hace algún tiempo que interviene, más como mediadora que como parte, por el interés generoso que toma en los arreglos.

Las cuatro naciones estaban muy bien representadas, y te aseguro que bien merecen sus Encargados especial mención, Lo que me duele es, que mi pobre carta no sea una memoria, que así sería duradera la que yo quiero hacer de ellos.

El Honorable señor Carlos Eames, Ministro Residente de los Estados Unidos, que nos acompaña desde 1854, y que es le Presidente del Cuerpo, ha sabido, en todo el tiempo transcurrido, llenar su puesto con mucha habilidad. La época de su llegada era de prueba, por los odios de bando que había; pero él, conociéndolos y evitándolos, se fue del lado de las personas, que ya no vieron en la suya un compañero, sino en su categoría la de un huésped nacional. De aquí a su objeto no había sino un paso, que él dio, estrechando los dos países en un mismo vínculo de simpatía republicana. Después del interés de su nación, promueve el nuestro con calor, como quien creyese, a los dos consubstanciados. No obstante sus estudios en humanidades y en diplomacia, ésta pudiera serle familiar sólo por su inclinación y por sus dotes. Posee la difícil facilidad de separar en él al estadista del hombre privado, lo cual lo ha situado en la sociedad, sin situarlo con los partidos. Conoce que no tiene que ver con las opiniones domésticas, sino con los resultados; y de aquí, por obligación y conveniencia, las buenas relaciones que la unen al Gobierno. Alcanza en cada hombre la parte que blande, y se lo gana; y en el trato, cuando no están de por medio sus altas funciones, compromete efectos, pero no deberes. La cortesanía de salón le es familiar;

y en estilo que fluye abundante, si bien en lengua extraña, puede cambiar sin trabajo sus ideas. Nunca es derrotado en la discusión; si no convence, agrada. Nunca debe enemigos, ni aún en los contrarios, como si tuviera dedos de seda para manejar las cuestiones. En alguna, de materia bien grave, le hemos visto, desenvainando la espada de una lógica inevitable, ostentar que llevaba la mejor parte, en la vehemencia; mostrar que le correspondía, en la razón; y después de haberla persuadido, cambiar el tono grave en el de fiesta, como un caballero que después de haber luchado con otro con ventajas saliese junto con él, platicando entre chistes, del palenque.

El señor Don Juan Antonio López de Cevallos, Encargado de los Negocios de S.M.C., tiene entre nosotros tales simpatías, ha sabido hacer tantos adictos, que en las unas y en los otros está sin duda la índole e historia de sus sentimientos. Joven como es, tiene instrucción en los libros y en el mundo, y cuesta trabajo saberlo cuando no ha llegado la ocasión solemne, no de manifestarlo él, sino de que se sepa a su pesar. El no sabe esto, porque la modestia es le único sentimiento que no tiene conciencia de sí propio. Hombre de efectos sentidos, y galante en el trato, más que amigos alcanza partidarios. Poniendo en su punto las glorias de su patria, sabe honrar las nuestras sin ofenderse ni ofender; y discursos suyos he oído, que me han dejado encantado. La dulzura y suavidad de su índole lo habilita para todas las condiciones sociales, con las cuales, al parecer, se identifica. Cuando así no es, las recorre como un piano, y, o las conoce, o las complace: ventaja ésta grande para la diplomacia, que, como todo arte de efecto sobre las voluntades, debe principiar por vencer el corazón.

El caballero Leoncio Levraud, Encargado de Negocios de Francia, es todo un francés en sentimiento, salvo que es muy medido en las palabras; lo cual les da carácter, y cierta especie de influjo dogmático al oído. Antiguo en la carrera, tiene tal pulso, que le son familiares las cosas de ella. Lo más importante para nosotros, consiste en los muchos años

que lleva manejando negocios americanos; porque conocía su índole, se halla a la mano y más fácil el arreglo. Circunspecto, prudente, y hombre de hechos y verdad, tengo par mí que es un consejo dondequiera que se le busca, y un diplomático en su puesto.

(...)